

Distinguidos Señores

Creo que todos solemos estar convencidos de que los protocolos no sirven para nada, pero nadie nos atrevemos a prescindir de ellos. Ya que es casi de protocolo que digamos algunas palabras en estos actos de finales de cursos yo quisiera que las palabras que voy a dirigirles tuvieran un poco de vibración y llegaran a encontrar en el fondo de vuestros espíritus.

Estamos viviendo en el siglo veinte, hemos iniciado la segunda vertiente del siglo veinte y el tiempo no ha trascurrido en vano, porque aunque los hombres sean comodones o perezosos Dios es el que rige los destinos humanos y como al hombre le ha hecho para que se vaya perfeccionando de grado o por fuerza va lograndose este perfeccionamiento del hombre. No participo de los lamentos de los pesimistas, porque creo sinceramente que cada día que pasa es más hermoso y mejor el mundo que habitamos y hasta me atrevo a decir que cada día que pasa es también mejor el hombre habalndo en terminos generales. Es verdad que nosotros somos libres, es verdad que la voluntad o el libre albedrio supone mucho, pero solo supone mucho en un orden individual, de tal forma que Dios no ha querido que la vida se estancara, su ley de perfeccionamiento humano fuera burlado por las criaturas y por eso no es heterodoxo afirmar que a pesar de los pesares, por encima de los vaivenes y contingencias de las hombres como individuos la vida social y espiritual sigue su curso y el mundo se va haciendo mejor. Claro que esta mejoría se acentuaría notablemente si los individuos colaboraran con Dios, si los hombres se acomodara a esa ley de la vida.

Junto a esta primera observación quiero también destacar otro aspecto de la civilización y vida modernas. Hoy los problemas han adquirido tal complejidad, se han agigantado de tal forma y en tal medida que la iniciativa, el esfuerzo y la capacidad del individuo son insuficientes para salirse airoso en su empeño. Figuremonos a uno que quiere vivir de su trabajo: el trabajo que permite vivir es aquel que se realiza en equipo o asociado a otros, el trabajo eficaz resulta aquel que dispone de un volumen tal de medios economicos que un individuo normalmente por si mismo no puede disponerlos. Solemos decir en son de protesta: es que las cosas no estan a la medida del hombre, a la medida de la persona. Pretender que las cosas quedaran a la medida de la persona tal como entendemos vulgarmente es querer retrasar el reloj de la historia y del progreso. Modernamente el hombre ha descubierto que es necesario aceptar este sacrificio porque queda compensado con creces con las ventajas que trae consigo la organización del trabajo y de la economía con la racionalización y división del trabajo. No es que se haya achricado el hombre, sino que el hombre ha sabido crear unos elementos y un mundo superiores a si mismo: es que el espíritu del hombre tiene una dimensión casi infinita y el progreso y la civilización son obra del espíritu del hombre.

En el campo social se observa que no es nada un individuo: y un individuo en tanto tiene amparo y defensa en cuanto logra encarnar sus ideas, sus aspiraciones, sus inquietudes en una colectividad, en un grupo. Moral y espiritualmente no estamos preparados para aceptar este estado de cosas: nos resistimos: consideramos un mal pasajero y evitable: creemos que el individuo puede sobrevivir por si mismo pasada esta avalancha momentanea. A lo sumo hemos llegado a evolucionar hasta el punto de admitir que cada grupo tiene que hacer por cada grupo, cada clases tiene que hacer para cada clase. El burgues se defiende no solo por si mismo sino asociado y unido estrechamente a otros burgueses. Hoy por fuerza de las circunstancias los burgueses defienden los intereses de los burgueses y los proletarios los intereses de los proletarios. Pero intereses de burgueses y proletarios los concebimos como incompatibles: como si cada clase pudiera prescindir y tuviera que prescindir de la otra: como si cada grupo pudiera y tuviera que hacer por el grupo. Y no es así: